

AFIRMACION DEL PACTO DE BAGDAD

El día 3 de junio dieron comienzo en Karachi las sesiones del Pacto de Bagdad a las que asistieron M. M. Manoucher, presidente del Consejo del Irán; Nuri Said, en representación del Irak; H. S. Suhrawardy por el Pakistán; Adman Menderes por Turquía, y el ministro de Asuntos Exteriores británico Selwyn Lloyd. Todos ellos como integrantes del Pacto, pero también asistía en calidad de observador la representación norteamericana presidida por el subsecretario de Estado, Loy Henderson, acompañado de la misión militar encabezada por el general Twining, el mismo que dentro de pocos meses se hará cargo del mando supremo conjunto de las fuerzas armadas estadounidenses.

Esta presencia militar, al lado de la misión similar que cerca del secretario inglés asumía el general Templer, daban a la reunión un matiz marcadamente castrense en sus objetivos y aspiraciones. Ya en marzo pasado al formularse la conocida doctrina eisenhoweriana para el Oriente Próximo, se difundieron promesas de la incorporación militar norteamericana al Pacto; pero la promesa no se ha convertido en realidad hasta la reunión de Karachi, primera que celebra la Organización del Oriente Medio después de los acontecimientos desarrollados con motivo del asunto Suez.

Las palabras de Loy Henderson fueron concluyentes: «La invitación que se nos ha hecho para unirnos al Comité Militar ha sido aceptada como un honor por los EE. UU., que aceptan plenamente su parte de responsabilidad en obra tan importante.»

Con estas frases quedó ya para el futuro reforzada ampliamente la seguridad defensiva del Pacto; y el día 6 se hacía público el comunicado en el que después de definir sus propósitos—los programas de desarrollo económico, telecomunicaciones, ferrocarriles y mejoramientos agronómicos, mediante ayudas de 12 millones de dólares reconocidas por la misión Richards, y la promesa de un millón de libras de procedencia inglesa—se pasaba a exponer los manejos comunistas y las amenazas de subversión que obligan a

mantener con firmeza esta Organización contra el peligro soviético sobre una zona del Mundo, «donde los hombres juegan con fuego», como declaró en la sesión de clausura el jefe del Gobierno del Pakistán.

Por consiguiente, con ser interesantes todas las facetas políticas y económicas, es la militar la de mayor interés, y seguramente por ello el jefe del Gobierno turco subrayó que los principios del Pacto de Bagdad son idénticos a los de la O. T. A. N. Acorde con este criterio debió de tratarse en las reuniones de la posibilidad de establecer algún mando conjunto, un Cuartel General como el de la S. H. A. P. E. de Fontenebleau; y, que sin embargo, no llegó a fructificar, ya sea por discrepancias de detalle, o porque realmente la efectividad de tal mando supremo requiera previamente la estructuración orgánica de las fuerzas que han de quedar subordinadas. De cualquier modo, en la primera fase se ha logrado la integración americana en el marco militar, y este punto entraña tal significación, que bien pronto lo han acusado los adversarios soviéticos, en la comunicación cursada a los Gobiernos de París, Londres y Washington, pidiendo una declaración en la que se contenga la promesa de no intervenir militarmente en ningún caso en los asuntos del Oriente Próximo.

La contestación de los tres Gobiernos, formulada por separado, es coincidente en su fondo, esto es, en la negativa a aceptar petición que resulta irónica al ser formulada por quien, según un conocimiento universal, viene procediendo al envío de armas, municiones y agentes políticos a todo el levante mediterráneo, y procurando el establecimiento de bases estratégicas en Siria.

Esta declaración política, y la inclusión norteamericana en el despliegue militar, son ya suficientes para considerar que la ampliación estructural del Pacto de Defensa es una realidad de las pocas favorables que podemos señalar en los últimos tiempos.

Sin embargo, el resultado no es todo lo plenamente optimista que pudo haber sido de no surgir algunas diferencias entre los mismos asociados. Era aspiración de todos, el conseguir la máxima extensión del acuerdo, y que su integración lograra eliminar todas las diferencias entre los países árabes, pero la distinta apreciación del peligro judío y de la amenaza soviética fué creando dos campos que se alinearon claramente en febrero de 1955, con la firma del Pacto por Turquía, Irán, Pakistán y el Irak, de un lado, y la oposición de Egipto-Siria-Yemen, de otro.

Egipto se hallaba ya lanzado en su programa antibritánico, y su política,

como antioccidental, fué hábilmente aprovechada por Rusia para amparar su penetración pacífica. En este bloque figuraron pronto Egipto y Siria, y más tarde pareció afirmarse con lo incorporación de Jordania y la Arabia Saudita; para la incorporación del primer país se aprovechó la campaña contra Club Pachá y la presencia británica en Oriente; para la del segundo, el arabismo puro frente a los europeizantes de Bagdad, que admitían alinearse con Turquía, el viejo dueño de toda la inmensidad arábiga.

Se llegó hasta crear un mando militar conjunto poco antes de la intervención anglo-francesa en el Canal, y se prometió a Jordania la compensación de las ayudas económicas que percibía de Inglaterra y que serían sufragadas en fracciones por los tres restantes países árabes de la nueva asociación militar.

Pero tal vez Egipto fué demasiado lejos, o confió con exceso en sus nuevos amigos del Volga. Perdió la batalla táctica en el Sinaí y ganó la política al obligar el reembarco británico, llegando al momento cumbre de su postura estratégica a fines de año cuando realmente sus adversarios aceptaron negociar. Después acusa un declive desde que Eisenhower proclama su doctrina, e Ibn Saud se percata que falta aún por decidir la batalla económica y que en esta fase Occidente puede más que el Oriente del otro lado del Telón de Acero.

Los oleoductos y el Canal se unieron contra Occidente en la batalla del petróleo, pero los intereses de unos y otros son antagónicos. Entre los países dueños de la fuente y los propietarios del camino, la victoria ha sido para los primeros, a tal punto que en la última reunión del Consejo Económico de los Países Arabes, ¡y se ha celebrado en El Cairo!, calificaron de estupidez el sabotaje de las estaciones de bombeo de los oleoductos, porque la consecuencia de tal conducta ha sido fomentar el propósito de construir nuevos caminos de petróleo por Turquía, fuera de la acción de los posibles dinamiteros sirios.

Ibn Saud no podía estar de acuerdo con las subversiones de agentes comunistas en Siria, Líbano, Jordania... En su viaje a los Estados Unidos comprendió el alcance de la postura Occidental, y se integró en ella política y económicamente. Para que la inclusión fuera plena faltaba su integración militar en el Pacto de Bagdad. Y éste era el programa que se había trazado Nuri Said, el hombre sereno del Irak, que, se dice, llevó ideas propias a las reuniones de Karachi, donde surgieron las diferencias locales que separan a los propios componentes del Pacto.

Inglaterra y la Arabia mantienen de tiempo atrás la disputa por el oasis de Buraimi, que periódicamente salta a la actualidad desde 1952, en que los árabes intentaron un golpe de mano. Desde entonces, pese a haberse planteado el problema ante un Tribunal de arbitraje, no se ha resuelto la cuestión provocada en la raya del Protectorado de Omán. El interés por el oasis se centra en la supuesta riqueza del subsuelo, que se cree atesora grandes reservas de petróleo; Irak y posiblemente los EE. UU. confiaban en una solución que cediera a la Arabia el oasis, a cambio de la integración árabe en el Pacto de Bagdad; pero Gran Bretaña ha considerado el precio excesivo económicamente y peligroso políticamente, por temor a que pronto otras figuras geográficas semejantes en Yemen y Aden creen nuevos problemas y se ha negado a la propuesta, que sin embargo cuenta con algunos partidarios en la propia Inglaterra, como Anthony Nuttin, que juzga esta cesión la única fórmula para recuperar el prestigio perdido por Gran Bretaña en el mundo árabe. No se descarta la posibilidad de algún arreglo y hay quienes esperan vuelva a plantearse la fórmula en la próxima reunión de la Commonwealth.

Afortunadamente, en los últimos tiempos varios hechos denuncian que la influencia rusa pasa por una serie de crisis al comprobarse que todas sus promesas y ofrecimientos no pasan de simple propaganda. Invirtiendo el orden de los tres factores a que antes aludimos en la batalla estratégica, la fase económica, política y militar, la primera parece ya jugarse en el campo egipcio con indudable retroceso de Moscú. El primer choque se acusó en la polémica sobre la forma de pago de derechos en el Canal; Rusia pretendía trato especial para sus buques; El Cairo sostenía la igualdad con los demás, que no fué admitida. Después, y con respecto a las adquisiciones concertadas con los soviéticos, el petróleo ha llevado tal proporción de azufre que ha ocasionado deterioros en las refinерías; el algodón exportado ha sido en mucha menor cantidad de la comprometida, y en cuanto al cemento, puede decirse que no se ha cumplido de ningún modo.

Todo este cuadro ha hecho a Nasser volver la mirada hacia Occidente; así se iniciaron las conversaciones en Roma para el arreglo económico del peaje en el Canal, y que han supuesto de momento el desbloqueo de 6 millones de libras. La misma suerte se presume alcanzarán los bienes intervenidos en los Estados Unidos por valor de 50 millones de dólares. Y como algo que es ya realidad puede señalarse el paso de buques franceses por el Canal autorizados para efectuar el pago en libras, y no en dólares o francos suizos, como inicialmente se había determinado.

AFIRMACIÓN DEL PACTO DE BAGDAD

Esta fase económica encuentra el complemento político de la situación en Jordania, Líbano y Siria, que rompe la afirmación del bloque nasserista de los días del Canal. Como más destacado debe señalarse la expulsión en Ammán del agregado militar egipcio, acusado de maniobras, subversiones y aun de la preparación de atentados políticos y, aunque esta acusación no haya sido confirmada, el final de tal situación ha supuesto la separación total de Jordania, de la antigua liga militar con Damasco y El Cairo.

También en el Líbano las revueltas del fin de mayo tuvieron un carácter procomunista que fué sofocado por el Ejército. Por último, incluso en Siria, el país más íntimamente unido a la política nasserista, 36 diputados anti-comunistas del partido de Rchi Kekhja presentaron la dimisión el día 2 de junio, como protesta por la actuación comunista Khaked Bagdache apolo-gista de la U. R. S. S., lo que significó el primer paso de una reacción interior contra el prosovietismo.

Todo este conjunto puede resumirse así: una afirmación estructural militar del Pacto de Bagdad, un relajamiento de la aglutinación en el eje Damasco-El Cairo, el retorno económico hacia Occidente de la postura egip-cia, y el retroceso estratégico en Oriente Medio de Rusia, que, en cierto modo, se bate ya en el Mar Negro.

Turquía, el más sólido apoyo militar del Pacto de Bagdad, concierta mi-litariamente con Inglaterra la realización de unas maniobras en sus puertos del Mar Negro, y con este motivo el día 5 de junio llegan a Estambul ocho bu-ques de guerra, entre los que figuran el Crucero «Birmingham», buque in-signia del Almirante Edwards.

Este hecho se ha considerado en Rusia como una provocación y lo ha comentado acremente el periódico *Estella Roja*, señalando que no puede con-tribuir a la mejora de las relaciones entre la U. R. S. S. e Inglaterra, pero su misma preocupación denota el mérito de la postura. Y en fin de cuentas es una ocasión en que Occidente parece adelantarse geográficamente hacia el área soviética y, al menos, es la primera vez que buques de guerra occiden-tales pasan al Mar Negro en la paz después de la Convención de Montreux de 1936.

MIGUEL CUARTERO LARREA.

